

## Entrevista a Jesús Ruiz Nestosa<sup>1</sup>, miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española. Requerimientos interdisciplinarios para la producción literaria

Jesús Miguel Delgado Del Aguila  
tarmangani2088@outlook.com  
<https://orcid.org/0000-0002-2633-8101>  
Concytec / Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

### *¿Cómo fue su formación para ser narrador de novelas y cuentos?*

En realidad, ninguna formación; es decir, creo que la que tenemos la mayoría de los escritores latinoamericanos empieza por la lectura. A mí, siempre me entusiasmó mucho leer. Soy de una familia de lectores o sea que siempre me he manejado en un mundo de libros. Por parte de mi abuelo materno, de origen español, a pesar de que era capitán de artillería, escribía; incluso, colaboraba con periódicos de Asunción cuando él recién llegó. En otras palabras, siempre hubo una tendencia a escribir. Comencé como periodista, también como autodidacta, porque en aquella época no había ninguna escuela de Periodismo en Paraguay. Y pues comencé a escribir. Probé escribiendo cuentos. Para ello, estuve movido por las lecturas, esa cantidad de libros que leía. Además de empezar a escribir, participé en unos cuantos concursos, hasta que después me di cuenta de que aquello no era muy estimulante. Eso me pasó con *Las musarañas*, mi primera novela, la cual

1 Jesús Ruiz Nestosa nació el 26 de junio de 1941 en Asunción (Paraguay). Es miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española. Es escritor, poeta, periodista y fotógrafo. Ha logrado muchos reconocimientos dentro de estas áreas. Entre sus publicaciones literarias, se encuentran la novela *Las musarañas* (1973), el relato “El contador de cuentos” (1980), la novela *Los ensayos* (1982), el texto *Diálogos prohibidos y circulares* (1995), el poemario *Textos del reencuentro (conmigo mismo)* (1999) y la novela *La generación de la paz* (2004). Asimismo, ha compuesto algunas poesías que luego fueron plasmadas en piezas musicales por Luis Szarán. Entre ellas, están “El arco de bronce” (1977), “El río” (1980) y “La Cruz del Sur” (1984). Además, ha sido ganador del Premio Hispanidad en 1974 y ha realizado distintas exposiciones fotográficas a nivel nacional e internacional. Esta entrevista se realizó a través de Zoom el 13 de julio de 2021. Una versión inicial se puede apreciar en video por medio del siguiente enlace: <https://youtu.be/kMZn2BjRVdQ>

## Experiencias

presenté a un concurso convocado por el PEN Club de Asunción (Paraguay). Tiempo después, me enteré de que el jurado la había rechazado en la primera ronda, y que el motivo fue porque mi novela no tenía un lenguaje literario, o sea, una estructura clásica de novela. Todo eso era justamente la cosa que más trabajo me dio para construirla. Pero, para el jurado, evitar lo que se cree que es el lenguaje literario y romper con la estructura tradicional de la novela —o sea, eso fue justamente lo que yo me esforcé por lograr— fue lo que motivó mi salida de ese concurso. Fue la última vez que participé en un concurso literario. Luego, tuve la suerte de que la novela fuera publicada por el Centro Editor de América Latina, de Buenos Aires, que en aquella época era una editorial de “mucho peso”, con muy buena distribución, etc. Así comencé.

Y, bueno, hasta ahora sigo escribiendo y publicando cuando puedo. No me interesa o no escribo con la expectativa de publicar, sino que me guío por algo que siento, por una inclinación natural que se me da. Y lo sigo haciendo.

***Para el caso de la poesía, el estilo varía con respecto a la narración de una novela o un cuento, debido a que existe una mayor preocupación por la rima, la rítmica y el léxico que se emplean. Frente a ello, ¿cómo logra construir un estilo personal que se diferencie del género de la narrativa?***

Comencé a hacer mis primeros intentos de escribir poesía ya cuando estaba en el colegio. Quizás esta fue una de mis ayudas para siempre ir aprobando la materia de Literatura. Y luego seguí escribiendo.

La publicación de poesía es muy difícil, porque lo que siempre se dice es que “la poesía no vende”. Y lastimosamente estamos condicionados por el mercado. No se puede publicar ahí mismo, sino que se acepta aquello que “vende”.

Paralelamente, Luis Szarán, que es el director de la Orquesta Sinfónica Nacional del Paraguay (OSN), un gran músico y un gran compositor —tenemos una amistad desde que éramos adolescentes prácticamente—, en un momento dado, me pidió que escribiera algunos poemas para ponerle música. Bueno, escribí, y él le puso la música. Sobre todo, recuerdo aquella de “El río” y “La Cruz del Sur”, que son las más tocadas. También, esta actividad era muy difícil, porque lo que hacía él era música tonal, o sea que yo no me tenía que preocupar por la rima, sino por el ritmo, que es mucho más difícil de llegar.

Así, terminé componiendo el libro de poesía, que se llamó en comienzo *Textos del reencuentro*. Cuando lo comencé a escribir, me di cuenta de que estaba recordando diferentes momentos y aspectos de lo que había sido la ciudad

## Experiencias

donde me había tocado vivir, Asunción. Y, entonces, era un reencuentro con una ciudad con un ambiente que ya no existía. Además, era una época en la que me estaba psicoanalizando: iba al psicoanalista una vez por semana. Y, de pronto, me di cuenta de que lo que estaba escribiendo no era un reencuentro con la ciudad, sino conmigo mismo, a través de aquellas sesiones del psicoanálisis que, para mí personalmente, fueron muy positivas. Así que el libro terminó llamándose *Textos del reencuentro*, y abajo le agregué entre paréntesis “conmigo mismo”. Y ese es el motivo principal. Con respecto al tema de la rima, creo que no. La poesía está más allá de la rima. Para el caso del ritmo, sí: la poesía ya tiene un ritmo. Para el vocabulario, he procurado utilizar uno que sea del uso cotidiano, como si estuviéramos conversando, porque pienso que las palabras tienen su espesor. Incluso, hay una poesía que se trata de una experiencia, en la que se emplea una sola frase, la misma que va descendiendo. En cada uno de sus versos, voy cambiando una palabra que a la vez indica que se va bajando cada vez más, hasta llegar al fondo. Una vez allí, habrá una especie de recuperación, y se iniciará el camino contrario: ahora se irá subiendo a través del uso de la palabra.

Con ello, creo que cada palabra tiene su propio espesor y su propio valor. Hay alguien que ha dicho que en el español no existen sinónimos. Y de eso me he dado cuenta. No hay sinónimos, aunque parezca que dos palabras significan lo mismo, si nos fijamos atentamente, vamos a ver que no: no son exactamente iguales. Hay un leve espesor que varía entre una palabra y otra. Y me aproveché de ese caso.

Y, luego, me refiero a experiencias que significaron mucho para mí —no solamente las de la Asunción que ya no existía—. Hay un poema que me acuerdo de un sitio donde actuaba una orquesta femenina, donde se bailaba y había una cantante que luego se volvería muy famosa. Cuando yo la conocí y cuando íbamos a ese local, pues era una zona absolutamente marginal, pero la pasábamos muy bien. También me acuerdo de un viaje que hicimos con Luis Szarán a Bolivia, cuando se descubrieron las partituras de Domenico Zipoli en Santa Cruz de la Sierra —no en la ciudad, sino en un pueblo llamado Santa Ana, que pertenecía a las antiguas reducciones jesuíticas—. Y aquello también fue toda una experiencia, que la encontré en medio de la selva con una música barroca. Fue impresionante que en ese mundo —aparentemente tan antiguo—, de pronto, se haya dado una cosa tan espectacular y tan magnífica como aquella música. También fueron importantes los temas que fui tocando a lo largo de este libro de poesía.

***Tiene experiencia como periodista desde el año 1961. ¿Usted cree que ese oficio le ha permitido conocer mucho más la realidad y le ha sido de utilidad para plasmar estos nuevos conocimientos en su producción literaria?***

En verdad, sí y no. Yo creo que en cierta manera me ayudó a conocer a mucha gente y en un país como el que a mí me tocó vivir en medio de una dictadura espantosa, la dictadura de Stroessner, que duró casi 40 años, la realidad se nos imponía a través de todos los aspectos de la vida. Era salir a la calle a enfrentarse con la realidad que nos tocaba vivir. Ir al cine pues la misma cosa, ir al teatro también, poder comprar un libro también; es decir, el periodismo sí ayudaba —no puedo negarlo—, pero en un país con dictadura como aquella que nos tocó vivir, pues la realidad se nos imponía a golpes. Quien no se haya dado cuenta de eso quiere decir que carecía de sensibilidad o de sentido mínimo que debe tener cualquier persona de poder darse cuenta de lo que está sucediendo a su alrededor.

Por ejemplo, esto de la censura era impresionante. Me acuerdo de que en una exposición de libros que se hacía habitualmente en San Bernardino, que es un pueblo donde la gente va a veranear durante diciembre, enero y febrero, que es el verano que nos toca a nosotros: el verano austral. El librero había puesto los libros que invitan a venderlos entre los veraneantes; pero no se vendía nada tampoco. En ese entonces, yo me encontraba mirando los libros que estaban sobre la mesa y, de pronto, del otro lado, llega el jefe de Investigaciones, que era el que se encargaba de la tortura en la época de Stroessner. Ante eso, yo bajé la cabeza, ni se me ocurrió subirla por temor a encontrarme con su mirada. En ese momento, el jefe le decía al dueño de la librería: “Pero, mi amigo, no es posible que usted esté exponiendo estos libros de comunistas”. ¿Quiénes eran esos comunistas? Mario Benedetti. Y el jefe le estaba pidiendo al dueño que retirara sus libros, porque Mario Benedetti era un conocidísimo comunista uruguayo. Así, ¿cómo íbamos a percibir la realidad a través de hechos tan deplorables? Os recuerdo que una vez yo era amigo del gerente de un cine, y me dijo: “Quiero que veas una película, porque estoy seguro de que me la van a prohibir, y la vamos a dar para la comisión de moralidad”. En ese entonces, había una comisión de moralidad que velaba por nuestra moral. Y fui allá. Estuve escondido en un rincón de la sala para que no me vieran, y se proyectó la película. Esta se llamaba *Todo lo que usted siempre quiso saber sobre el sexo, pero nunca se atrevió a preguntar*, de Woody Allen. Termina la película, y la jefa de la comisión de moralidad —era una mujer muy fea, entre paréntesis— pegó un grito para llamar al gerente. El gerente aparece, y ella le dice: “Jorge, la película es estupenda, pero no puedo permitir que se exhiba una película en la que Woody Allen haga el papel de espermatozoide”. Y se la prohibieron. Bueno, esa era la realidad, por hablar de las partes más *lights* o más livianas, y no hablar de pronto de que te enteras de que tus amigos están presos, que han sido torturados o expulsados del país, etc. Entonces, sí, el Periodismo

ayuda en cierta medida, pero también, sobre todo, es el estar rodeado de un ambiente determinado que te pone el espanto frente a los ojos de un mundo dramático, que es como el que me tocó vivir.

***Dentro de la narrativa, muchos escritores han realizado otros oficios que no se vinculan necesariamente con el literario. Por ejemplo, Joseph Conrad fue marinero; Franz Kafka, abogado; Charles Bukowski, cartero; Gabriel García Márquez, periodista; etc. Es más, estos conocimientos luego se vieron plasmados en su producción literaria. En el caso de usted, ha dedicado también su vida a la fotografía. Ante ello, ¿usted considera que es posible integrar estos nuevos conocimientos a la novela, el cuento o la poesía?***

Solo te hago una salvedad: no es de los últimos años. Yo estoy en la Fotografía desde que tengo quince años más o menos, por no remontarme un poco más atrás, cuando mi padre era aficionado a la fotografía y me revelaba su propia fotografía en casa. Yo creo que eso fue cuando tenía unos diez años más o menos. Y, en ese entonces, me gustaba estar en el laboratorio. Cuando mi papá revelaba la fotografía, me parecía algo mágico el que metiera un papel blanco dentro de un líquido y, de pronto, del fondo de ese papel blanco, comenzara a aparecer una imagen que se plasmaba en la fotografía. Yo creo que para mí había algo mágico que me hechizó y me fascinó. Y, cuando tuve 15 años más o menos, mi padre me regaló una cámara, y ya comencé a hacer fotografía. Desde entonces, no he parado.

Claro que hay muchos escritores que tenían otra actividad, como el caso de Juan Rulfo. Él es un fotógrafo extraordinario. Aquí en Madrid, en España, ya hace cuatro o cinco años, la Fundación MAPFRE hizo una exposición de sus fotografías, que era una maravilla. Era realmente emocionante verla. Como Rulfo era agrimensor y andaba mucho por el campo, aprovechaba también para llevar su cámara y hacer fotografías. Y sabemos que fue un fotógrafo extraordinario.

¿Qué relación podría tener la fotografía con mi literatura? Pues yo pienso que cuando voy a describir una escena me la fijo como si fueran imágenes muy precisas y muy fotográficas. Después de analizar esas imágenes, las describiré muchas veces con mucha fidelidad. Por ejemplo, en mi novela *Los ensayos*, que está compuesta por varias partes, hay escenas que están narradas así: detalladamente y que prácticamente son fotográficas. Y mi otra

## Experiencias

novela, *La generación de la paz*, tuvo otro origen. Después de derrocar a la dictadura, había un director de cine que andaba por Paraguay y quería hacer una película sobre la dictadura. Contactó conmigo. Me pidió escribir el guion para la película. Y yo lo hice. Después, no sé qué problemas tuvo: percances económicos, la cosa no salió, se fue de Paraguay. Yo terminé quedándome con el guion. Iba a tirarlo. Y, de repente, me dije “es una pena que haya trabajado tanto, y lo tire”, así que lo cogí. Lo leí de nuevo. Hice una serie de cambios como para volverlo más literario, y lo convertí en una novela (en una novela en forma de guion cinematográfico). Y, entonces, pasó que las escenas y las situaciones que se iban a ver eran muy fotográficas o muy cinematográficas.

Yo sigo trabajando con la fotografía hasta este momento. Yo tuve clases de Fotografía y enseñé también. Y ahora que llevo varios años viviendo en España, es impresionante que me encuentre con una cantidad de gente que está queriendo hacer en seguida su primera exposición, con solo dos o tres meses que tienen de haber comenzado a sacar fotografías. Y eso no es así. Yo hice mi primera exposición después de diez años de haber estado andando con la fotografía. Creo que es más el apuro, al igual que el apuro de poder publicar. Se publica cuando se puede. Uno no crea una obra, ya sea literaria o fotográfica, con vistas a su publicación o su exposición. Uno la crea porque necesita hacerla.

Hace unos años, vi una entrevista que le hicieron a Ramón y Cajal, que fue un médico español, muy famoso, Premio Nobel de Medicina por unos estudios que creo que había hecho de ciencia sobre las neuronas o algo así del cerebro. Esta era una entrevista filmada. Uno de los periodistas le dijo: “Doctor, me imagino que el momento más emocionante de su vida habrá sido cuando de pronto dicen su nombre, usted se pone de pie, cruza el escenario, se acerca al rey de Suecia y él le entrega el Premio Nobel de Medicina”. El médico le contestó: “No, no fue ese el momento más emocionante de mi vida”. Le preguntó: “Entonces, ¿cuál fue?”. Le contestó: “El momento más emocionante de mi vida fue cuando estaba solo en mi laboratorio y vi a través de mi microscopio el motivo de mi estudio (algo de las neuronas)”. Ese es el momento importante. Para el caso del escritor o el fotógrafo, no es la presentación de su libro o la exposición de sus fotografías el momento más importante, donde siempre hay gente que a uno le da halagos. El momento importante es cuando uno está solo en su casa, frente al ordenador, escribiendo o con la cámara fotográfica, en el momento en que uno produce el disparo, dispara, y uno se da cuenta, en ese momento, que esa es la fotografía que uno estaba buscando hacer. Ese es el momento. Entonces, para mí, tanto la fotografía como la literatura, es eso. Ahora mismo, tengo dos textos: un libro de cuentos y una novela que están ahí, y no sé si publicarlos, porque por momentos no tengo interés en hacerlo. En medio de toda esta pandemia, la gente está metida con ese tema en la cabeza, y nada. Vamos a esperar que la gente se sobreponga a esta espantosa época. Y, entonces, vamos a tratar de volver a la normalidad.

***En la actualidad, se percibe que muchos escritores jóvenes se interesan por querer publicar o desean alcanzar un éxito rotundo con las publicaciones de sus escritos. Sin embargo, ellos suelen repetir estilos, temas, técnicas literarias y descuidan la preparación intelectual. Frente a ello, ¿considera que un escritor debe tener conocimientos interdisciplinarios antes de dedicarse a este oficio?***

Pues no sé qué habría que decir. Vamos por orden. Sí, yo creo que lo que te decía recién. La gente joven piensa que las publicaciones es la meta y hay que alcanzarla lo más rápido posible. Y, entonces, ¿qué vemos? Vemos en los suplementos literarios —que están también comprometidos con el mundo editorial, que es un mundo que mueve mucho dinero y que es un gran negocio y que hay que satisfacerlo y alimentarlo— el comentario de los últimos libros. Y todas las semanas encontramos que el periodista se acaba de leer el mejor libro de la década. ¡Cómo cada ocho días va a aparecer el mejor libro de la década! ¡Es un disparate! Y eso es por los apuros que hay: desde la producción, la edición, la venta, la promoción, etc. No, ese es un oficio que se realiza con mucha lentitud. ¿Y qué pasa? Para empezar, aclaro que yo dejé Paraguay hace 15 años y que estoy viviendo en España, o sea que estoy muy alejado de la vida literaria de Paraguay. Pero me acuerdo de que la gente estaba muy metida con Borges. Aclaro: no está mal leer a Borges (que quede bien claro). Está bien leer a Borges. Lo que está mal es leer solamente a Borges. Entonces, lógicamente, con ese bagaje, es un bagaje muy pobre. No podemos salvar todas las necesidades que hay en la creación.

Me acuerdo de que un día, cuando yo aún estaba en Paraguay, se presenta un chico, que tenía entre 18 a 20 años. Él quería que yo le leyera su poesía y que luego le diera mi opinión. Le contesté: “Sí, cómo no. No hay problema”. Y pues me pasa una carpeta con unas 100 páginas por lo menos con su poesía, y me dediqué a leerla. A mí, cuando me piden un favor así, tengo que asegurarme que si me comprometo lo hago y me lo tomo en serio, o sea que me puse a leer. Leí la primera hoja, la segunda, la tercera: todo igual. Entonces, ya pasé a la quinta: todo igual. La décima: todo igual. La página treinta: seguía todo igual. En fin, todo era la misma cosa. Ya cuando el chico vuelve a buscar el cuaderno para que yo le devuelva y le dé mi opinión, pensé que yo iba a estar “desmayado” por su obra. Y lo primero que le pregunté fue: “¿Qué poetas tú lees?”. Me dijo: “Ninguno, porque no quiero que nadie me influya”. Y, entonces, le contesté aquello que dijo Borges: “Lo bueno es que justamente no te influya uno, sino que te influyan todos”. Y eso es lo que pasa: la gente está muy poco enterada de lo que sucede en el mundo

## Experiencias

literario, y entonces está como estancada, como islas perdidas en el mundo literario.

Últimamente, estaba desarrollando la idea de que tenemos que volver a leer a los escritores del siglo XIX, porque yo creo que los escritores del siglo XX —los que iniciaron toda la literatura moderna, como el caso de Kafka, Proust, Musil, Joyce o Beckett—, en lugar de abrir caminos, los cerraron. Es decir, ir más allá de ellos ya no se puede. Entonces, tenemos que volver a lo que había antes: a ver qué otros caminos podemos abrir. Tenemos que volver otra vez a leer a Flaubert, Balzac, Stendhal, Dostoievski y Tolstói, y ver qué otro camino podemos encontrar a partir de ellos. Pero la gente parece que se resiste porque son autores viejos; sin embargo, ellos todavía tienen mucho que decirnos. Por ejemplo, tenemos el caso —voy a decir una barbaridad— de todo el embelesamiento que causa García Márquez. Y yo me digo cómo la gente se puede dejar embelesar por las tonterías que escribe García Márquez cuando hay otros escritores que son muchos más geniales, como, por ejemplo, el caso de Alejo Carpentier, donde todo es el realismo mágico que tanto admiran en García Márquez. Todo eso ya estaba en Carpentier, y mucho mejor. También estaba en Juan Rulfo o João Guimarães Rosa. Pero la gente no los conoce. O está el caso de Virginia Woolf con su novela *Orlando*, cuando describe aquellos paseos en trineo por el Támesis congelado y que a través del hielo podían ver en la parte inferior escenas de otra vida. Ya era fantástico por el hecho de ver que el Támesis era transparente. Pero, bueno, es una maravilla, y la gente ignora eso, porque no se ha tomado el trabajo de buscar a estos escritores y de encontrarlos. Creo que ese es el problema de la Literatura latinoamericana y de los que están comenzando a escribir. Piensan que García Márquez es lo máximo. Y, como dijo Borges, “a *Cien años de soledad*, le sobran por lo menos cincuenta”. Su técnica es el gigantismo, que no es nada sorprendente. Se están olvidando a escritores que utilizaron el llamado realismo mágico de una manera muchísimo más inteligente, profunda y lograda. Yo leí primero *Cien años de soledad* —hay que confesarlo— y después leí *El siglo de las luces*, y me quedé asombradísimo, porque allí estaba todo. Y creo que eso es lo que tienen que hacer los jóvenes: volver otra vez a recurrir a las raíces, no a las ramas que ya se están secando, sino volver a esas raíces de las cuales partió toda la aventura novelística, es decir, actual. Hoy en día, yo no encuentro que haya muchos escritores que realmente a uno le fascine, a excepción hecha de dos o tres. No queda casi nada; incluso, aquí en España. Lo más próximo es Javier Cercas. De ahí, queda muy poco. Javier Cercas es una maravilla, ¿y después? Eso es lo que yo les diría a los jóvenes.